



EDMUND CRISPIN

DEMASIADOS
COCHES FÚNEBRES

Traducción del inglés de Alicia Frieyro

IMPEDIMENTA

CAPÍTULO I

1

Pinche un compás en Piccadilly Circus, dibuje una circunferencia con un radio de dieciocho millas y encontrará los principales estudios de cine —Denham, Elstree y los demás— repartidos por el perímetro. Long Fulton queda al noroeste. Si quisiera desplazarse hasta Long Fulton desde Oxford, lo mejor es poner rumbo a Londres en tren y, una vez allí, empezar de cero desde Marylebone. El viaje por la campiña es largo y tedioso: implica cuatro transbordos —en estaciones de tamaño cada vez más reducido y de antigüedad creciente, de modo que uno tiene la impresión de estar asistiendo a una dramatización de la historia de los ferrocarriles marcha atrás— y, como colofón, un desvencijado autobús motorizado de un solo piso asediado por corrientes de aire. Por lo general, no es aconsejable probar este camino. Que Gervase Fen se empeñara en hacerlo puede atribuirse primeramente a su perversidad innata y, en segundo lugar, a que la primavera era una estación que de costumbre lo sumía en un estado de aletargamiento, así que aquello de serpentear por la floreciente campiña marceña a

veinte millas por hora era una ocupación que se compadecía con su estado de ánimo. Si se levantaba a las seis, podía estar en Long Fulton fácilmente a las diez, hora a la que solía programarse el comienzo de las reuniones de guion. Y puesto que, en puridad (el mundo del cine es como es), jamás empezaban hasta las diez y media o las once, tenía tiempo de sobra para tomar un café en la cantina o pasearse entre los cúmulos de estructuras de aspecto decrepito donde criaban entre algodones a los retoños de la productora Leiper Combine, desde su indisciplinada infancia hasta la edición, mezcla de sonido y producción final que precedía a su debut en tal o cual pantalla del West End. La diversión que esta actividad proporcionaba a Fen era exigua, a lo sumo. Se sentía incapaz de contemplar el cine británico como algo en modo alguno indispensable para una vida feliz, y, en consecuencia, su responsabilidad pasajera en los estudios —que consistía en proporcionar información experta sobre la vida y obra del poeta Pope— le pesaba más bien poco.

Fue con ocasión de su tercera visita —un día soleado de nubes volanderas y claridad equinoccial— cuando tuvo primera noticia de la existencia de la muchacha que se hacía llamar Gloria Scott.

A efectos prácticos, los estudios habían aniquilado el pueblo de Long Fulton, cosa que habría inundado de quejas la sección de cartas al director de *The Times* si las pruebas hubiesen permitido argumentar de manera convincente que había existido dolo en el susodicho proceso de aniquilación. Sin embargo, saltaba a la vista enseguida que, tomado simplemente como pueblo, poco o más bien nada se podía decir en defensa de Long Fulton: su arquitectura era uniformemente mediocre, y su importancia histórica y literaria tan ilusoria como para enmudecer a la más osada y exhaustiva guía de viajes. Es más, podríamos afirmar sin temor a equivocarnos que

los mismos lugareños se habrían opuesto a cualquier tentativa de protegerlos de la invasión de la Leiper Combine, en la medida en que la edificación de los estudios no solo les brindaba embriagadores atisbos de los ídolos (de identidad variable, pero inalterablemente estimulantes) a cuya adoración se entregaban dos veces por semana en el Regent de Gisford, sino que les permitía sacar de la invasión no pocas ganancias pecuniarias mediante solapadas estratagemas de diversa índole. Como una suerte de Danae vulgar, Long Fulton había sido seducida por la irresistible mezcla de oro y divinidad. Y los lugareños adquirieron la consiguiente e inevitable condición de ilotas, para la cual su naturaleza e instinto estaban admirablemente preparados. Abandonados a sus propios y exiguos medios, habían llevado a Long Fulton al mismísimo borde de la extinción. De modo que les faltó tiempo para rendir su independencia a los estudios, y se habrían plantado como un solo hombre en contra de cualquier plan que pretendiera devolvérsela.

El pueblo tenía los estudios tan cerca que casi resultaban indistinguibles. Se alzaban amenazadores detrás de la iglesia: un extenso apiñamiento de multitud de edificios dispares que bien podrían haber sido las casas de muñecas de un descuidado niño gigante que las hubiese apartado a patadas en un rincón del cuarto de juegos. De cara a la calle se alzaba un intento de fachada, pero tal era su ineptitud para aportar coherencia a las estructuras de detrás que, estéticamente, habría sido preferible una y mil veces ahorrarse el intento. La calle se hallaba saturada por una carga de tráfico para la que no había sido diseñada, y su aire de deterioro encontraba eco dondequiera que se mirase. Los omnipresentes encalados necesitaban urgentemente una mano de pintura; los estragos de los bombardeos (hasta el último momento, el servicio de información alemán se había aferrado con tenacidad al

convencimiento de que los estudios eran algún tipo de fábrica de armas) se habían parchado en lugar de repararse como es debido, y los grandes platós, que se elevaban como gigantescos monolitos por encima de los demás edificios, tenían el aspecto de poder doblarse en dos en cuanto soplara un vendaval. La causa de todo esto, sin duda, era de índole económica —la industria siempre se halla sumida en una crisis financiera u otra—, pero los alrededores no hacían más que acentuar la imperante sensación de desorden, atestados como estaban de aviones destrozados con sumo realismo, casitas de contrachapado medio demolidas, pantallas inmensas de cielos azules, desconcertantes pirámides de arena, pequeños faros y multitud de trastos variopintos.

Tampoco es que la cosa mejorase demasiado en el interior de los estudios. Había grandes grietas zigzagueantes en las paredes; de los desconchones del techo era fácil que cayeran costras de cal y le anidasen a uno en la cabellera; el polvo campaba a sus anchas y la limpieza brillaba por su ausencia; de la multiplicidad de teléfonos que conformaban la mayor parte del mobiliario, al menos una tercera parte se encontraban perpetuamente estropeados. Es más, el espacio poseía una topografía tan irracional y confusa que parecía a medio hacer. Contaba, cómo no, con un puñado de hitos permanentes, como eran el departamento de Sonido y el departamento de Guion, pero por lo demás parecía compuesto de un montón de pequeños habitáculos insulsos, amueblados todos ellos de idéntica manera con sillas, una mesa y el inevitable teléfono, que se empleaban para confabulaciones oficiales y extraoficiales y que tan solo podían distinguirse los unos de los otros gracias a un surrealista sistema de dígitos y letras; huelga decir que dar con cualquiera de ellos sin ayuda era toda una aventura. Entre todos sus defectos, lo que más se echaba de menos en los estudios era, probablemente, un foco

central. Una contundente entrada principal podría haber desempeñado esta función, pero lo cierto es que existían tres entradas principales, rigurosamente igualitarias en los servicios que prestaban y sin nada que las diferenciara salvo el hecho de que una daba acceso al lugar al que uno deseaba llegar y las otras dos no; y en ninguna de ellas había un sitio donde uno pudiera informarse o recibir orientación de alguna clase. Para el mero forastero resultaba todo enormemente confuso.

Los meros forasteros, no obstante, eran contados; por razones obvias, la productora no fomentaba su presencia. Y se suponía que los empleados del señor Leiper, cada cual en su órbita y ocupado en lo suyo, podían orientarse sin problema. Desde luego se trataba de una comunidad diversa: innumerables técnicos rumiando huelgas; taquígrafas impecablemente peinadas y de natural desenvueltas y elegantes como las heroínas de una novelista; operarios de cámara; anotadoras; directores más bien jovencitos; productores y directivos trajeados, bien afeitados y más bien maduritos; actores y actrices completamente maquillados; figurantes aburridos como ostras; cantineros, mozos y recaderos. La suma de sus esfuerzos proveería de romances a Wigan; a West Hartlepool, de apabullantes aventuras; a Birmingham y Aberyswyth, de un bálsamo para mitigar las penas de la vida. Merced a los estudios, Jane y George, Sally y Dick, cogidos pegajosamente de la mano, cabeza contra hombro, disfrutarían durante al menos tres horas de inmunidad frente a la guerra y los rumores de guerra; las riñas domésticas y el conflicto social; frente al tedio y la mezquindad y la rutina y la lucha por la supervivencia... En resumidas cuentas, Long Fulton tenía su peso como venero del culto más pujante de nuestros días; y como tal, habría sido razonable esperar de sus acólitos cierto grado de desmesura. Pero, en general, esta gente de los estudios no era jactanciosa. Al igual que Gulliver en el país de los

brobdingnagianos, eran muy conscientes de los defectos más miserables del objeto de su ministerio, así que no dejaba de sorprenderles —por no decir que les asqueaba, directamente— la pleitesía que de manera indefectible le rendían sus millones de fieles. Solo en raras ocasiones llegaba a subírsele a alguien a la cabeza aquello de «trabajar en el cine» y, si bien la muchacha que se hacía llamar Gloria Scott padecía de esa clase de delirios de grandeza, ella tenía la excusa de ser joven y, en cualquier caso, era una persona de escasa trascendencia. Es posible que el espanto que causaron su muerte y las atroces consecuencias de esta obedeciera precisamente al hecho mismo de su insignificancia; fue como si estallara una bomba en una zona que las autoridades hubieran decretado sin ambages como totalmente segura...

2

El autobús procedente de Gisford no iba más allá de The Bear, una deslucida fonda a las afueras del pueblo, justo en el extremo opuesto a los estudios, así que a Fen no le quedaba otro remedio que caminar desde allí. En ello estaba la mañana que nos ocupa, transitando por la calle principal, con un ejemplar de *Los embajadores* abierto delante de las narices, cuando un pequeño sedán se situó a su lado.

—Los estudios —dijo una voz desde el interior—. ¿Puede decirme si voy bien para los estudios, por favor?

La mitad de la atención de Fen permaneció con el desaprensivo Strether; con la otra mitad, articuló una afirmación. Tenía intención de ampliar esta última con instrucciones concretas cuando una exclamación lo contuvo.

—¡Profesor Fen! —dijo con cordialidad el ocupante del coche—. Vaya, qué coincidencia tan agradable. ¿Cómo está usted?

Ante esto, Fen se sacudió de golpe el sopor en que le sumía invariablemente la prosa de Henry James, se inclinó hacia delante y se asomó al interior del coche por la ventanilla.

Sentado al volante como un gnomo servicial vio a un hombre menudo de aspecto gallardo y aseado de entre cincuenta y sesenta años, con el pelo entrecano, la cara redondeada y colorada, la barba bien afeitada y unos inocentones ojos azules. De la comisura de la boca le colgaba un purito; un sombrero gris de fieltro coronaba su cabeza; unos lustrosos zapatos marrones cubrían sus pies. Podría haber pasado por un representante comercial próspero y emprendedor con discretas ínfulas intelectuales, y es posible que fuera esa la impresión que buscaba causar, teniendo en cuenta que el camuflaje a menudo le había resultado útil para vérselas con las complejidades de la delincuencia metropolitana. Pero su aspecto traslucía con bastante descaro su verdadera naturaleza: en realidad era, sin artificio alguno, un hombre de mente ordenada, encantador y discretamente cultivado; y aunque estos atributos le eran de indudable ayuda en su trabajo en New Scotland Yard, él siempre se había resistido con éxito a la tentación —una tentación completamente lógica, dadas las circunstancias— de rizar el rizo y exagerarlos hasta el punto de convertirlos en pose.

—Humbleby —dijo Fen, reanimado, y tendió una mano que Humbleby estrechó flácidamente arriba y abajo dentro del coche—. ¿Cuánto hace, dos, tres años?

—Algo menos de dos, diría yo. —Humbleby celebró con un gesto de asentimiento su perspicacia—. El caso Sanford tuvo lugar en septiembre de 1947. ¿Ha vuelto por allí desde entonces? Tengo entendido que al final no consiguió usted escaño en el Parlamento. Menos mal. ¿Se ha enterado de que Myra...?

Pasaron un par de minutos cotilleando sobre el caso por el que se habían conocido. Quizá el lector lo recuerde: la historia

de la exprostituta a la que envenenaron con el correo. Entonces Fen, cansado de repente de estas reminiscencias, dijo:

—Pero ¿qué lo trae a los estudios? ¿Algún asunto policial? Humbleby asintió.

—Algo así. Es lo que usted, si no me equivoco, denominó en otra ocasión «vacaciones criminológicas». Pero no es nada del otro mundo, por lo que se ve de momento... ¿Por aquí voy bien a los estudios, ¿verdad?

—Son esos de ahí —señaló Fen—. Esos caprichosos edificios blancos detrás de los árboles. La verja de entrada queda a la izquierda, unas doscientas yardas más adelante. Yo voy para allá, así que podría acercarme.

—Por supuesto. —Humbleby abrió la puerta del coche, y Fen se acomodó en el interior—. ¿Qué es eso que va leyendo?

—*Los embajadores*.

—Soporífero —dijo Humbleby—. Siempre me da la impresión de que el consumo de Henry James tendría que estar regulado por la Ley de Drogas Peligrosas, y también de que quizá podría emplearse en los partos como analgésico alternativo al Trilene... En marcha, pues.

Humbleby no era hábil al volante, y el coche se incorporó dando tirones a la calle casi desierta. El sol los iluminaba desde lo alto con impersonal benevolencia, y un perro receloso de sus intenciones les ladró trémulamente desde la acera cuando pasaron a su lado.

—¿Y qué me dice de usted? —preguntó—. ¿Va a los estudios solo de visita o por motivos profesionales?

—Por lo segundo. —Fen se puso rígido al ver que se aproximaban a una curva y no se relajó hasta que el coche la salvó sin percance—. Pero se trata de un encargo puntual. Les hago de consultor literario para una película que están rodando.

—Válgame Dios —comentó Humbleby—. ¿Sobre qué?

—Es una película sobre la vida de Pope. —Las últimas palabras quedaron ahogadas bajo un imperioso, y en apariencia indiferente, claxonazo por parte de Humbleby—. Es una película —reiteró Fen molesto—, sobre la vida de Pope.

—¿El papa?¹

—*Pope*.

—¿Y sobre qué papa en particular? A ver... —dijo Humbleby con el aire de quien trata de interesarse de manera inteligente en el tema de conversación—. Pío, Clemente o...

Fen lo fulminó con la mirada.

—Alexander.

—¿Alexander? —Humbleby hablaba como si le costase cierto esfuerzo—. ¿Se refiere a Alejandro Borgia?

—No sea ridículo, Humbleby —dijo Fen—. ¿En serio cree que han recurrido a un profesor de Lengua Inglesa para que les documente sobre los Borgia? No. Me refiero al poeta, claro está.

—Es lo primero que he pensado —Humbleby estaba ofendido—, pero lo he descartado de plano, claro. En la vida de Pope no hay absolutamente nada que dé para hacer una película comercial.

—Tiene toda la razón. —Fen meneó la cabeza de manera apesadumbrada—. No obstante, la van a rodar. Y el motivo es que...

Interrumpió sus palabras con el fin de blandir un dedo preceptivo hacia las verjas de los estudios, adonde acababan de llegar. De un volantazo, traspasaron la entrada ante la indiferencia de un guarda apostado en una suerte de garita. Se suponía que había que enseñar la autorización, pero exceptuando los días de selección de figurantes, la regla rara vez se hacía cumplir.

1. En inglés, *pope* significa papa, de ahí la confusión de Humbleby. (*Todas las notas son de la traductora.*)

—Y el motivo —repitió Fen con obstinación— es el siguiente. Hace unos meses falleció Andrew Leiper, y su hermano...

Pero Humbleby no prestaba atención. Buscaba un hueco en una hilera de coches de aspecto caro —monumentos, muchos de ellos, a un intricado ardid para darle esquinazo a la agencia tributaria— que se hallaban aparcados en batería delante de los estudios. Finalmente dio con uno y lo ocupó con un chirrido de ruedas.

—¿Y? —dijo animándole a seguir—. ¿Me decía?

—Le contaba que esta empresa pertenecía a Andrew Leiper. Sin embargo, este falleció recientemente, y la productora, junto con sus demás intereses, la heredó su hermano mayor, Giles.

Y Fen señaló a lo alto de la fachada que tenían delante, donde un grupo de obreros trabajaba —con la misma parsimonia que las tres últimas semanas— para reemplazar, en el gran cartel de letras doradas ANDREW LEIPER FILMS INC., la palabra ANDREW por la palabra GILES.

—*Si monumentum requiris...*

—Equilicúa. —Humbleby apagó el motor, se sacó el puñito de la boca y escudriñó atentamente el extremo—. Ahora bien, no sé qué tiene que ver eso con...

—Enseguida llegamos... Bien, en lo único que destaca Giles es en que está hecho un literato empedernido. Por ejemplo, cree que el conde de Rutland escribió las obras de Shakespeare (exceptuando *La tempestad*, que atribuye a Beaumont y Fletcher), y ha escrito un inmundo librito que, según cuentan, así lo demuestra. Es de la opinión de que Dryden era impotente, y de que *Cumbres borrascosas* surgió de la relación incestuosa entre Emily y Bramwell. Es más, me da la impresión de que está convencido de que fue Bramwell quien escribió *Cumbres borrascosas*, en lugar de Emily... Pero estoy divagando. A lo que voy es que Giles Leiper también tiene sus

teorías acerca de Pope. ¿Conoce usted *Elegía en memoria de una dama desdichada*?

—El doctor Johnson —empezó Humbleby con la cautelosa deliberación del que sabe estar adentrándose en terreno pantanoso— lo interpretó como una apología del suicidio.

—En efecto. Y...

—Pero me gusta —añadió Humbleby, con entusiasmo repentino—. Me encanta, la verdad. «Qué espectro —entonó con dramatismo— me hace señas a la luz de la luna queriendo no sé qué no sé cuántos a aquel claro. ¡Es ella! Pero por qué sangra...»

—Basta, por favor. —Fen extrajo una cajetilla de tabaco del bolsillo de su abrigo y procedió a encenderse un cigarrillo—. Veo que su recuerdo del poema es más bien vago. Será mejor que le explique de qué trata. Versa sobre...

—No hace ninguna falta...

—Es una elegía acerca de una muchacha que se ha quitado la vida tras ser..., esto..., cruelmente abandonada por su marido. El poeta...

—Lo recuerdo de sobra —dijo Humbleby—. Más que de sobra, vaya.

—El poeta, además de deplorar la situación, se declara convencido de que la venganza se abatirá no solo sobre el marido, sino sobre toda su familia.

—«Mientras largos funerales —recitó Humbleby como si de una solemne antífona se tratara— oscurecen el camino.»

—*Ennegrecen* el camino, *ennegrecen*... La muchacha a la que alude pudo ser una tal señora Weston, de soltera señorita Gage. Pero es una deducción fundada en conjeturas. Es casi seguro que el poema no era más que un mero ejercicio creativo, y no hay el menor indicio de que Pope estuviera involucrado personalmente en una historia así. Lo que nos lleva a Giles Leiper.

—Nos lleva, por fin, a Giles Leiper.

—Leiper cree, entre otras tantas necedades, que Pope *sí* estaba involucrado personalmente. Es más, no hace mucho publicó en no sé qué revista de tres al cuarto un artículo donde se mostraba convencido de que Pope había mantenido una relación con esa muchacha, y que por eso estaba tan afectado por su muerte. «¿Debemos pensar acaso —citó Fen con repugnancia— que un poema tan sentido como este solo fue un cruel ejercicio de versificación? Conociendo como conocemos a los poetas y la poesía, ¿no es más lógico suponer que Pope profesaba un interés íntimo hacia aquella dama?»

—Bueno, lo es, ¿no? —dijo Humbleby, a quien la cita había pillado realmente desprevenido.

—Pues no, no lo es. Y aunque lo fuera, no existe, en este caso, justificación alguna para imaginar que la relación de Pope con la muchacha fuera más que platónica... Sea como sea, la película gira principalmente en torno a esta aventura espuria, aunque también pasan muchas cosas más, claro está. —Fen las enumeró con mucho gusto—: Sale lady Mary Wortley Montagu. Están Addison y Swift... A Swift lo retratan como un tipo que anda todo el día paseándose por el campo mientras escribe *Gulliver*, elucubra eróticamente sobre Stella y sufre leves ataques incipientes o premonitorios de locura. Luego también sale, de manera un tanto anacrónica, Bolingbroke.²

Humbleby soltó una risita.

—Y Dryden y Wycherley —dijo—, y Händel y Gay y la reina Ana. Por nada del mundo he de perderme esa película. ¿Va muy avanzada?

2. Henry St. John, vizconde de Bolingbroke, fue un político y literato coetáneo y amigo de Pope y Swift. Al hablar de anacronismo, Fen se refiere a otro insigne Bolingbroke, el rey Enrique IV de Inglaterra (1367-1413), cuyos esfuerzos para acceder al trono dramatiza Shakespeare en su obra *Ricardo II*.

—Todavía está en la pre.

—¿En la *pre*?

—Sí, perdón: esa maldita jerga suya es contagiosa. Me refiero a que está en reproducción. Estamos aún en la etapa de las reuniones de guion. —Y Fen consultó su reloj—. Hay una esta mañana, por eso he venido.

Humbleby arrojó la colilla de su purito por la ventanilla.

—Espero que no tenga prisa.

—La verdad es que no. Antes de marcharme, cuénteme qué hace aquí. Si no es confidencial, claro.

—No, no es confidencial. —La referencia a la misión había arrogado una leve sombra de circunspección sobre el semblante afable de Humbleby—. Y dado que conoce a esta gente, es posible que pueda echarme una mano.

—¿Se trata de un delito?

—El suicidio es un delito, sí. Pero este no tiene nada de particular, salvo que la pobre desgraciada era jovencísima y que se arrepintió en el último momento, si bien demasiado tarde para salvarse... —Y Humbleby hizo ademán de mentalizarse, a la manera de quien se enfrenta a una tarea necesaria pero harto desagradable—. Dígame —continuó—, ¿le suena una muchacha llamada Gloria Scott?

3

Una cuadrilla de mujeres de la limpieza —señoras mayores de aire taciturno e impasible— cruzó la verja de los estudios; sus voces quebraron con desagradable aspereza el aire puro de la mañana en su intercambio de rudas agudezas con el vigilante. Los hombres del andamio habían dejado de trabajar y recuperaban fuerzas con un té frío. El sonido lejano de una sucesión de reverberantes golpazos sugería que alguien estaba cargando